

trata —y las prosas francesas más torturadas (Mallarmé, Lacan, el Sartre drogado de la *Crítica de la razón dialéctica*) no son una excepción, sino todo lo contrario— es de una transparencia entre prosa e Idea, no de una profundidad o de una complicidad entre el espesor de la lengua y el fondo.

VÉASE EL RECUADRO 1

Y es que el universalismo latente en todo uso de la lengua francesa, desde Descartes hasta nuestros días, se basa enteramente en la convicción de que *la esencia de la lengua* es la sintaxis. El francés clásico, tal como se conforma después de Montaigne o de Rabelais, ese francés pulido y “compactado” por los esfuerzos conjuntos de la policía de los salones del

Recuadro 1 > El francés según Borges

Para Borges, la hegemonía histórica del francés, su proyección universalista, es el producto de operaciones políticas e institucionales que a su vez resultan de una sociabilidad específica. Enseñar, dictaminar, institucionalizar formas y preceptivas para la producción articulada de textos y de ideas, filosóficos o literarios, serían los efectos propios de un idioma que funda su autoridad en el imaginario lingüístico de la economía verbal, la *clarté* y el ingenio. En los ensayos y las ficciones borgeanas, Pascal, Groussac o Pierre Menard son algunos de los rostros posibles, levemente deformados por la ironía, de un imaginario lingüístico que Borges descubrió, de adolescente, en Ginebra, y que siguió observando luego, con el ojo del entomólogo, en sus diversas proyecciones argentinas.

El francés juega en efecto un papel iniciático en la sociabilidad literaria del joven Borges, alumno del Collège Calvin, en Ginebra. En francés da sus primeras batallas de cenáculo; en francés publica su primera reseña crítica; en francés redacta la correspondencia con Maurice Abramowicz. Sin embargo, a partir de su regreso en 1924 a Buenos Aires, la pregunta por el español de Argentina y por la lengua literaria propia, la afinidad personal con la biblioteca inglesa paterna, la construcción consciente de una genealogía de autor, lo llevan a distanciarse del francés. Por lo demás, el gesto le permite singularizarse, en un campo cultural de legendaria francofilia: ir en contra de “todos los fervores a lo francés” (1928: 232) es oponerse al galicismo mental modernista, al “argentinismo francesista” de Lugones (1925b: 207), a “la afrancesada secta de voces que embolsman la charla, descalabran toda cuartilla” (1925: 167), al “drama sin solución en que [se] debat[e] desde siempre” Victoria Ocampo: “Yo no pienso en español, sino en francés” (Ocampo, 1931: 15). La distancia inicial se reforzará en los años posteriores, con la elección definitiva por el

modelo que privilegia a “Joseph Conrad (del Océano Índico)” por sobre “Paul Bourget (de la Academia Francesa)” (1938: 273). En paralelo, de forma gloriosamente contradictoria, ciertas zonas de la literatura francesa ejercen sobre Borges un ascendente innegable, no siempre reconocido por el autor de Pierre Ménard. Dos figuras son, en ese aspecto, centrales: Marcel Schwob y Paul Valéry, que brindan formas, conceptos y exploraciones genéricas de intensa productividad para la obra borgeana “clásica”, entre los decenios del treinta y del cuarenta.

Pero lo cierto es que hasta fines de los años sesenta los comentarios en torno al francés tienden a satirizar antes que a reconocer, lo que llevó a Juan José Saer a hablar de un “Borges francóphobo” (1989). La definición no parece abusiva si se observan las intervenciones críticas que atraviesan la vida pública de Borges y que culminan algo abruptamente, en 1970, con el duro juicio (formulado en inglés) sobre el idioma de Racine en el *Autobiographical Essay*: “*French, rather paradoxically, has a fine literature [...] but the language itself is, I think, rather ugly. Things tend to sound trivial when they are said in French*” (1970: 147). [Paradójicamente, el francés tiene una buena literatura (...) pero la lengua en sí, me parece, es más bien fea. Las cosas tienden a sonar triviales cuando son dichas en francés].

Los argumentos tópicos de esta reticencia —estratégica— al francés se organizan entre los años veinte y cuarenta, cuando Borges se pregunta por la especificidad de una lengua literaria argentina y cuando emprende el irónico distanciamiento del modelo francocéntrico de Sur. Esos argumentos examinan el idioma en dos de sus coordenadas fundacionales (que atraviesan la reflexión de Alain Badiou en esta entrada): la sociabilidad literaria y la lengua como patrimonio estético. Hacerse entender con pocos recursos, seducir: esta escena discursiva, que para los ideólogos clásicos del “genio”

de la lengua francesa era un signo de supremacía, estableció las condiciones de posibilidad de su expansión y su aspiración a la universalidad, en un arco que va desde la doctrina de las “Bellas infieles”, hasta la gramática de Port-Royal. La propuesta de Badiou reconduce esta ambición hegemónica hacia un planteo democratizante, aunque la voluntad política de dirigirse a todos, “proletarios o mujeres”, mantiene vigente el escenario mundano, central para la concepción clásica: también aquí la lengua francesa como lugar de saber se vuelca hacia su interlocutor, concibe su forma en pos del encantamiento y la persuasión.

En este punto, justamente, lee Borges el signo de una excesiva dependencia de la mirada del otro: una lengua que privilegia demasiado su auditorio y su tradición termina subordinando su discurso al funcionamiento del campo cultural. Los dardos irónicos abundan, a lo largo de los años, en reseñas y ensayos: “antes de redactar una línea, el escritor francés quiere comprenderse, definirse, clasificarse [...] ¿Qué tipo de sonetos debe emitir un joven ateo, de tradición católica, nacido y criado en el Nivernais pero de ascendencia bretona, afiliado al partido comunista desde 1944?” (1946: 247). Premeditación, vanidad, autoconciencia son los rasgos comunes que hacen que “Racine y Mallarmé s[ean] el mismo escritor, ejecutando con el mismo decoro dos tareas disímiles” (1946: 247), y que existan en francés “paginas metódicamente incoherentes o pueriles a las que respalda una rigurosa justificación en prosa cartesiana” (1960: 63). Borges, como puede verse, también reconoce, como lo hará luego Badiou, la existencia de una “comunidad estilística” del francés, aunque a sus ojos esa comunidad se encuentre constitutivamente viciada.

Es la extrema sociabilidad en torno al francés lo que parece irritar, primero, al joven vanguardista que en los años veinte, en el marco de la llamada querrela de la lengua

sobre el español de Argentina (Arnoux y Bein, 1997, Terán, 2000, Alfón, 2013), proponía políticas conceptuales y utópicas de ensanchamiento del idioma que eran estrictamente individuales. Allí donde el imaginario lingüístico clásico del idioma francés implica un interlocutor (ser claro y seducir), propone en cambio Borges un español vuelto hacia adentro, cuyo valor resulta de la novedad y la multiplicación de las representaciones: “¿Por qué no inventar [una palabra] para [...] la buena voluntad, conmovedora de puro ineficaz, del primer farol en el atardecer aún claro? ¿Y otra para la inconfidencia con nosotros mismos después de una vileza?” (1926a: 43). En contra de una definición hacia fuera —conativa, dialógica, persuasiva—, el Borges de “El idioma infinito” (1925a) plantea una definición entrópica del lenguaje: opuesta a la claridad sintáctica, a la comunidad estilística o a la abstracción del francés, la soledad del individuo que propone semánticas potenciales para el español. Este descreimiento de la lengua como patrimonio común es un efecto del nominalismo extremo y del recelo ante la representatividad y el funcionamiento colectivo. La constante celebración, en la obra posterior, de lenguajes que apelan a clasificaciones arbitrarias de la realidad (desde el volapük hasta el lenguaje de Tlön, pasando por la famosa enciclopedia china) seguirá desarticulando el esquema comunitario y socializante del francés, tal como lo entiende Borges.

Lo notable es que estas propuestas para una política de la lengua en la Argentina, pensadas a contramano del aparato proselitista del francés, se valen de uno de sus emblemas principales: la austeridad del idioma. Del francés, cuya marca sonora aún permanecía fresca (la adolescencia ginebrina), toma Borges momentáneamente la idea de austeridad porque le sirve, en la disputa por la lengua, para objetar la crítica peninsular a la supuesta pobreza del castellano en la Argentina —eso que Guillermo de Torre llamaría más tarde, hablando de los sufrimientos lingüísticos de la joven Victoria Ocampo, “el empobrecido castellano vernacular del medio” (1951: 110). Retomando argumentos que Arturo Costa Álvarez había puesto en *Nuestra lengua* (1922), sostiene Borges que “la cortedad léxica [del francés] es economía y ha sido estimulada por sus retóricos. Servicial o no, el vocabulario chico de Racine es deliberado. Es austeridad, no indigencia” (1928: 231). De ahí

la posibilidad de rechazar la “sedimente riqueza” del español peninsular, para oponerle “un español dócil y venturoso, que se lleve bien [...] con la infinidad de dulzura de nuestros barrios y con el poderío de nuestros veranos y nuestras lluvias” (1928: 235). El francés es ahora la caución simbólica que, en contra del español de la antigua metrópoli, legitima un idioma de los argentinos que integra economía y afectividad: “Yo he conquistado ya mi pobreza; yo he reconocido, entre miles, las nueve o diez palabras que se llevan bien con mi corazón” (1926b: 116).

Inhibir, entonces, una hegemonía con otra, y no seguir ninguna de las dos: el juego traduce los esfuerzos de Borges por dislocar los principios ordenadores del campo cultural argentino, en un país donde el modelo francés, desde el proyecto fundador de los Románticos, sirve para contrariar la hispanofilia. Se trata, en suma, de perturbar un orden de relación con los centros, y de subvertir el lugar fijo que le ha sido asignado al francés en la Argentina. Esta operación disruptiva encontrará su formulación teórica y programática en “El escritor argentino y la tradición”, en 1951, pero ya se concretiza en la disputa por el español de Argentina y en la particular relación que Borges entabla con la literatura y la lengua de Francia. En el decenio del setenta, quizá en respuesta al latinoamericanismo imperante, Borges vuelve a barajar las cartas y ensalza a *contrario sensu* el país de Victor Hugo, reconociendo su poder simbólico, estatal, dedicándole poemas que titula “A Francia” (1977). En los ochenta, autoriza la publicación en Francia (las *Œuvres complètes* en La Pléiade) y en España (*Textos cautivos*) de antiguos artículos suyos no recogidos en libros, de difícil acceso en la Argentina, que ilustran su compromiso político en contra de los fascismos europeos en los años treinta y cuarenta, acaso para contrarrestar su actuación en los primeros años de la dictadura militar argentina y para triangular, nuevamente, los espacios de legitimación.

No está de más recordar que, en una de esas paradojas de la historia a las que era tan afecto, la posterior consagración internacional de Borges es tramada por una serie de mediaciones institucionales, culturales y políticas francesas (Ibarra, Caillois, “Croix du Sud”, Bénichou, Blanchot, Genette, Foucault, Deleuze, *Cahiers de L’Herne*, Collège de France, Légion d’honneur, edición en vida en La Pléiade, etc.). Esa “in-

vención” de Borges por Francia lo obligó a retomar el idioma de la primera juventud, a seducir auditorios, filósofos, mandarines, a convencer con claridad en una lengua en la que era plenamente docto.

Magdalena CÁMPORA

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV., *La querrela de la lengua en Argentina. Antología*, Alfón, Fernando (ed.), Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2013.
- ARNOUX Elvira y BEIN, Roberto, “Posiciones de Jorge Luis Borges acerca del idioma nacional”, en *Borges*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1997, pp. 19-30.
- BORGES Jorge Luis, “Ejecución de tres palabras”, en *Inquisiciones* [1925], Madrid, Alianza, 2008, pp. 167-174.
- , “El idioma infinito”, *Proa* [1925a], en *El tamaño de mi esperanza* (1926), Buenos Aires, Debolsillo, 2012, pp. 35-38.
- , “De la Dirección de Proa”, *Nosotros* [1925b], en *Textos recordados 1919-1929*, Buenos Aires, Emecé, 1997, pp. 207-208.
- , “Palabrería para versos”, *La Prensa* [1926a], en *El tamaño de mi esperanza*, cit., pp. 39-43.
- , “Profesión de fe literaria”, *La Prensa* [1926b], en *El tamaño de mi esperanza*, cit.
- , “El idioma de los argentinos”, *La Gaceta Literaria*, Madrid, [1928], en *El idioma de los argentinos* (1928), Buenos Aires, Debolsillo, 2012, pp. 223-236.
- , “Una trágica novela inglesa”, *El Hogar* [1938], en *Textos cautivos*, Barcelona, Tusquets, 1986.
- , “La paradoja de Apollinaire”, *Los Anales de Buenos Aires* [1946], en *Textos recordados 1931-1955*, cit., pp. 247-250.
- , “Jules Supervielle”, *Sur* [1960], en *Borges en Sur 1931-1980*, Buenos Aires, Emecé, 1999, pp. 63-64.
- , “Autobiographical Notes”, *The New Yorker*, 19 de septiembre 1970, pp. 40-99.
- COSTA ÁLVAREZ Arturo, *Nuestra lengua*, Buenos Aires, Sociedad Editorial Argentina, 1922.
- DE TORRE Guillermo, “Victoria Ocampo, memorialista”, en *Tres conceptos de la literatura hispanoamericana*, Buenos Aires, Losada, 1951, pp. 96-114.
- OCAMPO Victoria, “Palabras francesas”, *Sur* [1931], en *Testimonios. Primera serie 1920-1934*, Buenos Aires, Ediciones Fundación Sur, 1982, pp. 15-32.
- SAER Juan José, “Borges francófono”, *Punto de Vista*, 1989, 36, pp. 21-24.
- TERÁN Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2000.